

que le leyó la carta de la Madre Barat, llegó al lugar de ella en que le pedía perdón de todo aquello en que ella misma ó las hermanas le hubieran disgustado, replicó el enfermo: “¡No, no! ¡El Señor Dios siempre las bendiga!” Habiéndole dado el provincial la extremaunción, el Padre Varín derramó lágrimas de alegría. La mañana del viernes 19 de abril (1850) se durmió suavemente en paz.

La Madre Barat en circular á todas las casas del instituto comunicó la noticia de su muerte, con la cual perdieron un amigo verdaderamente paternal y un gran bienhechor. Algunos años después el Padre Guidée envió á la Madre una vida del Padre Varín que él había escrito; y ella, al darle las gracias, le dijo que aquel don le hubiera sido mucho más agradable si en esa vida se hubiera hablado menos de ella, que “no era á la verdad sino un pobre y frágil instrumento”.



CAPÍTULO DÉCIMO.

BREVE HISTORIA DEL AUMENTO Y EXTENSIÓN DE LA SOCIEDAD.—LAS MISIONES.

LOS días mismos en que sufrió el instituto tan rudos golpes de fuera y tantas tribulaciones por dentro, y más todavía después, creció y se extendió rápidamente, según ahora pondremos de manifiesto en la brevísima relación de las fundaciones que hizo la Madre Barat por sí misma ó por medio de sus hermanas.

En octubre de 1833 la Madre Barat se vió obligada á cerrar, con harto dolor de su alma, la casa de Grenoble, Sainte-Marie d'en-Haut; pues sobre no crecer el pensionado de ella, la ciudad reivindicaba su derecho de propiedad, y la autoridad militar proyectaba construir cuarteles en aquel lugar: estas razones la obligaron á dejar una casa donde se conservaban principalmente preciosos recuerdos, pues había sido donada á la Sociedad del Sagrado Corazón por la Madre Duchesne, á la sazón misionera en América, quien con tanto amor la donó, que se determinó á entrar en ella (1804).

En la primavera de 1834 la Madre Barat creyó necesario fundar en favor de las pobres niñas huérfanas de su casa de París un nuevo establecimiento, puesto que el número de estas niñas se había aumentado mucho. El cual fué erigido en Conflans, es decir, en aquel mismo lugar en que la Madre Barat, enferma y tomada de espanto, pasó los días de la revolución de julio. Fué éste el comienzo de un establecimiento singularmente importante para la Sociedad, es á saber, de la gran casa del noviciado fundado después.

El día de la Asunción de Nuestra Señora del año de 1834 encontramos á la Madre Barat en las Ardenas, en Charleville, donde algunas religiosas consagradas á la enseñanza bajo el nombre de hermanas “de la Providencia”, congregación fundada por una noble doncella, Juana Idelita de Morel, dos siglos hacía, y ahora decaída por injuria de los tiempos, deseaban vivamente incorporarse á la Sociedad del Sagrado Corazón. La Madre Barat las acogió amo-

rosamente, “les recomendó especialmente la oración mental”, y dispuso que hicieran su noviciado bajo la dirección de la Madre Prevost.

Por modo semejante, á fines de 1834 y principios de 1835, se incorporó en Marsella otra casa á la Sociedad. Vivía en ella dos años hacía una piadosísima religiosa de una comunidad denominada “hermanas de San Pedro de la enseñanza”. Habiendo hecho conocimiento con la Madre Barat y con algunas otras de las más fervorosas del Sagrado Corazón, Luisa Bourcet, que éste era su nombre, suspiraba por unirse, ella y sus compañeras, al instituto del Sagrado Corazón; pero sus deseos no hallaban apenas eco en sus súbditas; murió en 1832, mas no sin haber impreso con palabras de fuego en el corazón de aquellas religiosas su ardiente anhelo; y en efecto, no mucho tiempo después pidieron ellas á la Madre Barat ser admitidas, ofreciéndole su casa “de San José”. Esta Madre, que tanto amaba á Luisa de Bourcet, vino en ello, y les mandó por superiora á la Madre Audé, religiosa de raras dotes, muy devota de la superiora general, y bajo cuyo regimen una de las casas de América había llegado á florecer sobre manera. Cuando la Madre Audé llegó á Marsella, se encontró con un cólera fulminante, que ponía espanto. Diariamente morían de ochocientos á mil dociientos invadidos. La Madre Audé se llevó á su celda á una hermana enferma y cuidó de ella hasta que recobró la salud; consagró la casa á la Madre de Dios, y no hubo que lamentar caso alguno mortal ni entre las hermanas ni entre las educandas.

Desde enero hasta mayo de 1835 la Madre Barat fué molestada de fiebre en Lyon, de donde hubiera querido ir á visitar en Marsella á la Madre Audé. Pero ya en junio pudo ir, pasando por París, á Jette-Saint-Pierre en Bruselas, donde el año antes (1834), cediendo á los deseos y contando con el auxilio de la nobleza belga, la Sociedad del Sagrado Corazón había inaugurado, no sólo un pensionado para jóvenes de ilustre prosapia, sino también una escuela aparte para pobres, á donde iban los domingos muchas mujeres de aquellos contornos, las cuales eran instruídas por las hermanas en el catecismo.

En julio de 1835 la Madre Barat trasladó las novicias de la casa “Hotel Byron” en París á una casa de la calle Monsieur, por haber resultado estrecha la primera; allí permaneció cerca de diez meses entre las jóvenes hermanas, como una madre entre sus hijas.—El 26 de mayo de 1836, pasando antes por Lyon, Aviñón, Perpiñán, en una nueva excursión visitó por vez primera el convento de San José de Marsella, magníficamente situado, donde fué recibida con júbilo por la Madre Audé con toda la comunidad; su estancia allí le proporcionó extraordinario consuelo, pues vió el excelente espíritu que reinaba en aquella casa de las antiguas hermanas de San Pedro. De Marsella se dirigió á Montet en Suiza pasando por muchas casas del mediodía de Francia.

En Montet se encontró la Madre Barat un fervoroso noviciado, y entre otras jóvenes hermanas á Josefina Goetz de Estrasburgo. Josefina se determinó á abrazar la vida religiosa siendo de edad de diez y

siete años, y no tardó en entrar en Montet, donde, oponiéndose á las viciosas inclinaciones naturales, que hubieran podido obscurecer las relevantes dotes de su espíritu y de su carácter, llegó á no desear otra cosa sino vivir oculta para Cristo. Veintinueve años después veremos á esta hermana en la cumbre del instituto del Sagrado Corazón como primera sucesora de la Madre Barat. Con ella había tomado el velo una hermana lega, por nombre Isabel, la cual vivió y murió del todo ignorada, pues sólo después de su muerte manifestó la Madre Barat á las otras hermanas haber sentido Isabel en sí vocación, siendo como era una señora noble é instruída (Paulina de San Andrés), á pasar el resto de su vida sirviendo y desconocida de todos para ofrecerse á Dios como víctima de expiación por los escándalos que habían sido dados en la casa de sus padres. Fué la hermana Isabel desde el principio hasta el fin un dechado de humildad, sencillez y mortificación.

De Montet pasó la Madre Barat en octubre á Turín; allí proveyó á las dos fundaciones, la de Nantes sobre el lugar llamado "Trinchera", donde los vandeanos, fieles á Dios y al rey, sufrieron la prisión y la muerte, y la de Pignerol en el Piamonte. Aquel mismo año de 1836 vió una pequeña fundación de la Sociedad en la ciudad de Tours.

El 6 de diciembre de 1836 la superiora general partió para Roma, adonde la llamaban asuntos importantes; y llegó á la ciudad eterna después de muchos rodeos el 11 de febrero. Fué recibida por Gregorio XVI de la manera más honrosa. Lo que

principalmente ocupaba su ánimo en aquella expedición, era el noviciado romano, porque la estancia de las jóvenes hermanas en el estrecho recinto de Santa Rufina era harto insalubre. Tuvo la satisfacción de adquirir un edificio excelente, la llamada villa Lante. Desde las alturas del Janículo descubre la mirada del lado allá de los jardines que van descendiendo, á la ciudad eterna, y más allá la Campiña romana. Fué pues esta la tercera de las casas establecidas en Roma: Santa Rufina con escuela de pobres y de niñas pobres acogidas: villa Lante con el noviciado y después con un pensionado, y el primer pensionado de Trinità dei Monti.

Como en Santa Rufina, así procuró también la Madre Barat, cuanto le fué posible, que en todas sus casas, aun antes de inaugurarse el pensionado, fuese instituída una escuela para niñas pobres. Muchas veces instituída también escuelas manuales para jóvenes que hubieran ya recibido la primera comunión, á las cuales atribuía mucha importancia, porque en ellas no olvidasen las niñas lo que les habían enseñado las hermanas. También fundaba á menudo casas para huérfanas, según lo que exigían las necesidades de los lugares y de los tiempos. El ardiente amor que sentía á Irlanda, y que se echaba de ver especialmente en las fundaciones verificadas en ella, tenía por fundamento, no sólo su viva fe, sino también la compasión que le causaban la pobreza de aquella tierra y la opresión que padecían sus hijos. Á las hermanas les recomendaba que tuvieran "predilección por los pobres", aunque por otra parte en obras

y palabras era muy grande su igualdad para con todas las alumnas.

En la villa Lante vivió la Madre Barat por espacio de un año en un cuasi rústico retiro, en mucha oración y en comunicación con las novicias. Del tiempo que allí vivió, aseguró que fué “el más precioso de su vida de religiosa”, aunque los trabajos abundaron, principalmente por efecto del cólera, que diezmó á Roma en el estío de 1837; en sólo una semana se llevó á seis religiosas de Trinità dei Monti. Á la villa Lante y á Santa Rufina las perdonó la epidemia; y la Madre Barat recibió á muchas niñas cuyos padres habían sucumbido al contagio. Su visita á Trinità fué muy triste: siete hermanas, entre ellas verdaderos modelos de celo en el servicio de los pobres, fueron segadas por el cólera; y la Madre Barat vivía temiendo por las otras casas, pues que la epidemia iba tomando incremento. De Aix, de Metz y de París tenía noticias del fallecimiento de algunas hermanas, que por cierto murieron santamente. Por agosto de 1838 tornóse á París.

* * *

Poco tiempo antes de celebrarse el sexto consejo general, que tan imponente y angustioso sesgo llegó á tomar, la Madre Barat mandó á Tolosa á la Madre Prevost para fundar una casa, satisfaciendo el deseo de aquel venerable arzobispo (á principios de 1839). Ella por su parte se dirigió á Montet á fin de enero de 1839, por más que este viaje, por efecto de las densas nieves que en muchos parajes había, era no

sólo molesto sino también peligroso. Durante su estancia en Montet mediaron algunas pláticas con el párroco de Colmar (Alsacia), que deseaba una fundación. La Madre Coppens y la hermana Josefina Goetz fueron á Colmar y compraron en sus inmediaciones la hacienda campestre de Kientzheim. Tal fué el principio de una institución sobre manera conveniente á Alsacia; por desgracia vióse violentamente suprimida por el “Culturkampf”. De Montet salió la Madre Barat en dirección á Roma para asistir al sexto consejo general, que duró hasta julio de 1839.

Al año siguiente fundó la Madre Barat sobre el Monte Real en Loreto, en un antiguo hospicio, á la sazón desierto, un establecimiento para niñas pobres y abandonadas, y lo visitó ya en agosto de 1840 en ocasión de dirigirse á París. Á poco de llegar á esta ciudad se sintió mala; mas luego que convaleció de su enfermedad (febrero de 1841), emprendió de nuevo la obra de las fundaciones, que desde hacía tiempo, y siempre con mayor empeño de “todos los lugares del mundo”, le pedían.

Esto mismo aconteció en Francia, donde la disensión interna de la Sociedad se había extendido más por de fuera. La señora de Beaulieu, madre de una de las religiosas del Sagrado Corazón, dió á la Sociedad una casa en Laval, para que en ella hicieran los ejercicios espirituales las señoras que quisieran recogerse por espacio de algunos días. No pudo idearse ninguna otra cosa más conforme con el espíritu de la Madre Barat. La fundación se vió acabada en el verano de 1841.

Pero de ordinario el impulso á las fundaciones nuevas partía de los obispos. Así nació la fundación de Montpellier aquel mismo año (1841); así también Monseñor Forbin-Janson, antiguo amigo personal de la Madre Barat, la determinó á fundar la casa de Nancy. Las hermanas adquirieron allí la casa que fué noviciado de los jesuitas, y ahora servía de quinta á un general, de la cual se prendó la Madre Barat cuando supo que sobre la puerta se veía, á modo de blasón, en campo azul, la imagen del Corazón de Jesús. Esto acaeció en julio de 1841. — Otro tanto puede decirse de la fundación de Saluzzo en Italia (Piamonte); el obispo de aquella diócesis no cesaba un punto de mover á la fundadora para este intento, y aseguraba ser tanto lo que se detenía en la misa pidiendo que se cumpliese su deseo de ver en Saluzzo hermanas del Sagrado Corazón, que parecía no iba á acabar de decirla. Felizmente, por octubre de 1842 llegaron las primeras religiosas é instalaron su convento, denominado de Nuestra Señora de la Paz.

En junio del mismo año la Madre Barat, en una de sus expediciones, por entonces frecuentes, de Roma á París y viceversa, recibió en la modesta ciudad de San Elpidio, no lejos de Fermo, á "las oblatas de María" con aprobación de la autoridad pontificia. La fundación de Padúa (1843) comenzó de un modo singular. Había allí un establecimiento para jóvenes de clases elevadas, dirigido por maestras seglares conforme al espíritu del mundo, y aquellas cabezas juveniles estaban, por decirlo así, destornilla-

das con las novelas que leían. El obispo instó con tanto empeño á la Madre Barat á que aceptara el ofrecimiento de la emperatriz Mariana de Austria y encomendara aquel pensionado á sus hijas, que, aunque no sin resistencia, se rindió aquélla á este deseo. Las alumnas volvieron en sí luego que un Padre misionero les dió los ejercicios espirituales. Y es muy de notar que en esta ciudad del santo taumaturgo Antonio, el convento del Sagrado Corazón se ha mantenido siempre, mientras que las más de las casas de Italia sintieron el efecto de la iniquidad de los tiempos.

Ahora llegó el momento de satisfacer la Madre Barat sus propios deseos haciendo fundaciones en Inglaterra. Para realizar este designio la Providencia amorosa de Dios se valió de una distinguida joven inglesa, llamada Carolina Goold, educada por las hermanas en Amiéns. Como esta joven hubiera al fin triunfado de la oposición de su familia, que no quería oír siquiera hablar de su vocación al instituto, y, cumplidos á la sazón treinta años de su edad, estuviera ya á punto de pronunciar sus votos, la Madre Barat le escribió diciendo: "Estoy persuadida de que Nuestro Señor os quiere en Inglaterra. . . . Debéis pues el día de vuestra profesión pedir al Señor la gracia de poder ofrecer os en santa obediencia por la salud de vuestra patria." Y en efecto, de muchas partes acudieron á la Madre Barat pidiéndole que fundase casas en Inglaterra.

Lo que primero instalaron las hermanas, fué un pobre convento irlandés de religiosas de Santa Brígida (en Roscrea cerca de Dublín), las cuales, así

como otras comunidades religiosas, venían deseando ser incorporadas al instituto del Sagrado Corazón. La Madre Goold medió en el asunto, y la superiora general envió á la experimentada Madre Elisa Croft como primera superiora á Roscrea.

La segunda fundación se hizo en Berrymead, no lejos de Londres; las primeras hermanas llegaron allí el 8 de diciembre de 1842. Como una tercera casa hubiera fenecido en el verano de 1844 por falta de condiciones económicas, y la Madre Barat, que en el mes de junio partió para Inglaterra, hubiese puesto por superiora á la Madre Goold en Berrymead, esta casa, que hasta entonces no había podido prosperar, floreció. “Estas dos casas”, decía la Madre Barat, refiriéndose á Berrymead y á la que ella misma había quitado, “eran como dos pájaros que no tienen más que un ala; mas ahora, Berrymead tiene las dos y puede libremente volar.” La comunidad de Berrymead fué trasladada en 1850 á Roehampton, no lejos de Londres.

Si quisiéramos seguir rigurosamente el orden cronológico, deberíamos hacer mención de las casas fundadas en el imperio austriaco; mas preferimos dar idea en sección aparte de las casas del Sagrado Corazón establecidas en Austria y Alemania, y pasar á los establecimientos de la Sociedad en otras partes del mundo.

Ya por el año de 1839 el obispo de Argel pidió en Roma á la Madre Barat con grande empeño, que se fundase una casa en su ciudad episcopal. Poco tiempo después reprodujo por escrito su petición oral en estos términos: “Páreceme que el Señor indica

á vuestra Sociedad en África una misión fecunda. ¡Qué consuelo tendría el obispo de Argel si vos llenaseis sus deseos!” La Madre Barat, no pudiendo resistirse á las súplicas de tan piadoso pastor, por medio de dos madres y con todo el dinero de que podía disponer, puesta la confianza en Dios, hizo que se comprase un edificio muy en alto, que amenazaba ruina, denominado “Mustafá”, más allá de Argel; y en noviembre de 1843 partieron en dirección á África las seis primeras religiosas, quienes habilitaron aquella antigua morada de un jefe árabe, hoy convento del Sagrado Corazón.

Á todo esto la Sociedad tomaba cada día más vuelo en América. Ya hablamos antes de esto, mas no podemos menos de hablar más difusamente de la que fué piedra angular de la misión de las religiosas en América, de la Madre Duchesne, cuyo nombre es objeto de santa veneración así entre las religiosas mismas como entre muchas otras personas.—La acción continuada de los primeros que en aquellas tierras propagaron el evangelio, cualquiera que fuese la orden religiosa á que pertenecieron, mereció durante muchos años el nombre de “misión”; y la vida de celo en orden á la extensión de la fe fué desde su niñez el supremo afán de la Madre Duchesne. Para esto la trajo Dios á la Sociedad poco tiempo después de haber inmolado la Madre Barat ese mismo anhelo en obsequio de la obediencia y de haber pedido á Dios con vivo empeño que en lugar de ella diera esta vocación á otra más digna de recibirla.

Este espíritu de alegre sacrificio, verdaderamente apostólico, es en la Sociedad del Sagrado Corazón un rasgo de familia: ese fué el vigoroso impulso que animaba al mismo Padre Varín, y que éste comunicó á la regla del instituto, el fuego que sabía encender por doquiera y fomentar en las almas, del cual procedía su firme y alegre confianza en Dios, que á su vez le apremiaba sin cesar á ejercitar aquel celo apostólico.

La Madre Duchesne tuvo empero que aguardar á cumplir los cincuenta años de su edad antes de poner finalmente el pie en el suelo de América (29 de mayo de 1818). Desde el año de 1806, en que se sintió animada en orden á la misión en otro tiempo floreciente y ahora abandonada del Misisipí, con la narración de un abad de la Trapa, no había dejado sosegar á la Madre Barat; de palabra y por escrito la importunaba sin cesar, tanto más cuanto era mejor comprendida. "Vuestra carta", le escribió la Madre Barat respondiendo á la primera que le dirigió la Madre Duchesne, "ha tocado la cuerda más sensible de mi alma: ¡sí, nuestro divino Salvador me ha oído! Desde el momento en que fuisteis encomendada por él á mi cuidado, esto es lo que le he pedido con relación á vos, pues estoy íntimamente persuadida de que el Señor quiere que le ofrezcáis con entera devoción este heroico sacrificio." Pero la Sociedad sólo contaba seis años; todo en ella estaba como en germen; los estatutos no confirmados aún: la Madre Barat debía por tanto dar tiempo antes de poner manos á la obra, y la Madre Duchesne aguardar á que sonara la hora anhelada.

Habiendo llegado á Europa el obispo de Nueva Orleáns, Monseñor Dubourg, con el fin de allegar fuerzas para la obra de la misión, como hubiera visitado á la Madre Barat, la Madre Duchesne hubo de entender y esperar que ella sería la primera religiosa que le fuera á aquel prelado otorgada para ese intento; pero las dificultades que se oponían á esto, aun por parte del Padre Varín, no permitían á la Madre Barat prometer lo que se le pedía. Ya desengañado Monseñor Dubourg, se despidió enojado de la Madre Barat, cuando, estando ya el prelado en la puerta, se presenta la Madre Duchesne, se echa á los pies de la Madre Barat, que estaba junto al prelado, y puesta de hinojos le suplica que la deje partir. Sorprendida la Madre Barat, se recoge interiormente en la presencia de Dios, y en el mismo instante se pronuncia en favor de la Madre Duchesne. Cuando después de largos preparativos llegó por fin el día de la partida, dióle por compañeras á dos religiosas de coro dotadas de gran talento y animadas de vivo celo, á saber, Octavia Berthold y Eugenia Audé, y á dos hermanas legas; ¡porción hartó reducida de segadoras para mies tan inmensa!

Por entonces (1818) había desde 1793 el solo obispado de Nueva Orleáns en el inconmensurable espacio del Misisipí, en las bocas del río. El obispo Dubourg estableció su silla en San Luis, que está muy al Norte, por bajo del lugar en que confluyen el Misourí y el Misisipí, y señaló á las religiosas como lugar de su residencia la ciudad de San Carlos, que era entonces propiamente una aldea de quinientos

habitantes, casi todos ellos pobres. Si el obispo de San Luis tenía por catedral una construcción formada por troncos de árboles, ¡cuán pobres no serían la casa y todo el tenor de vida de las hermanas! Faltábales á menudo el pan de cada día. "Aquí ejercitamos", escribía la Madre Duchesne, "los oficios manuales menos acostumbrados: cultivamos el campo, llevamos las vacas á los abrevaderos, transportamos el estiércol, barremos los tinados: todo esto me cuadra muy bien." Lo que más las afligía, era de una parte que la gente de aquel pueblo (en su mayoría forasteros) estaba desmoralizada, no haciendo caso de las exhortaciones de su piadoso párroco, que pugnaba contra su desidia; y de otra los pocos sacerdotes que allí había. La Madre Duchesne y sus hermanas se esforzaban por atraer á los niños, pero sin resultado notable ni duradero en el principio. Sabiendo la Madre Barat por la relación que le enviaban las hermanas, que no obstante su celo y solicitud se adelantaba tan poco, no cesaba de rogar al obispo y de exhortar á las madres á establecerse en otro lugar más conveniente, hasta que al fin Monseñor Dubourg las trasladó en septiembre de 1819 á Florissant, que fué el centro de toda la misión. Allí al menos no faltaba lo necesario para ejercitar su actividad en las niñas así de los pobres como de los ricos, y al cabo de algún tiempo se pudo anunciar el ingreso en la Sociedad de muchas jóvenes, verdaderamente llamadas á ella, y fué por tanto necesario inaugurar un noviciado en Florissant, teniéndose ya por asegurada la empresa de las hermanas, por grandes que todavía fueran las privaciones

á que estaban sujetas. Dos años después, en 1821, se pudo fundar en Grand-Coteau, al Sur de la Luisiana, una segunda casa; en 1825 se fundó otra en San Miguel (no lejos de Nueva Orleáns); en 1827 otra en San Luis, y en 1828 se atrevieron las hermanas á poner otra, esta segunda vez con mejor resultado, en San Carlos.

En 1829 la Madre Barat escribió á la Madre Duchesne diciendo que en su sentir no debía hacerse por entonces en la Luisiana ninguna otra fundación, y que más tarde debía pensarse en hacerlas en Nueva York, y por lo general en la parte oriental de los Estados Unidos; idea que doce años después había de realizar la Madre Galitzín. La parte que tomó la Madre Barat en la dirección de su familia religiosa en países tan lejanos, fué no menos solícita que inteligente. Por medio de una correspondencia viva é íntima previno toda tendencia á emanciparse del centro del instituto las nuevas casas, é instaba á que las jóvenes americanas que se considerasen aptas para el gobierno, viniesen á Roma ó á París para hacer su noviciado y pasar los otros años de probación, confirmándose en el espíritu de su instituto.

La Madre Galitzín, nombrada asistente en lugar de la Madre Audé en el capítulo general de 1839, fué autorizada por la Madre Barat para fundar, cumpliendo los deseos del obispo de Nueva York, Monseñor Dubois, un convento en aquella ciudad. Á esta fundación se siguió luego otra en la cercana isla de Long-Island, y después la estación de la misión en la cristiana tribu indiana de los Potowatomós. Á esta

última se sentía atraída la Madre Duchesne con tal vehemencia, después de haber oído las descripciones de aquel país de boca del célebre misionero indiano Padre De Smet S. J., que la Madre Barat hubo de escribir á la Madre Galitzín para que dejara ir allá á esa religiosa dos años más que septuagenaria con las hermanas designadas para empresa tan penosa como sujeta á todo linaje de privaciones. “Tened presente”, le decía, “que nuestro principal intento no era fundar casas en la Luisiana, pues la Madre Duchesne se sintió llamada muy especialmente para los salvajes.” Poseída de gratitud para con Dios, que al cabo de tantos años había cumplido sus deseos, la venerable Madre Duchesne se vió al fin entre los indios, y con ellos perseveró en gran pobreza y oración casi continua con muchas molestias corporales, venerada de aquellos hombres sencillos é infantiles, hasta que, postradas sus fuerzas, tuvo que volverse á San Carlos (1843). Aquí vivió en la más profunda humildad y desprecio de sí misma, haciendo oración lo más que podía ante el Santísimo Sacramento por “sus queridos é inolvidables salvajes”, por el aumento de la Iglesia y por que el nombre de Dios sea santificado. Así daba á todos ejemplo de amor desinteresado y de la más profunda piedad¹.

¹ Habiendo vendido la tribu de los Potowatomíos al gobierno americano, que cada vez iba avanzando más, sus propios dominios y hundídose más en el yermo, la Madre Barat no quiso dar licencia á las hermanas para que los siguiesen á esta nueva patria; pero fué tanto el empeño con que rogaron

También fué la Madre Galitzín, por orden de la Madre Barat, al Canadá con motivo de haber sido ofrecida allí una casa con cerca de 190 hectáreas de tierra de labor á la Sociedad del Sagrado Corazón por el obispo de Montreal. En fin de diciembre de 1842 se instalaron cuatro religiosas en aquella casa denominada con el nombre del apóstol Santiago. El noviciado pasó en 1843 de Florissant á Nueva York.

La Madre Galitzín desplegó en su empleo de asistente y visitadora una actividad prodigiosa y exenta de todo miedo á los trabajos. Llegó á San Miguel en el otoño de 1843, en ocasión precisamente de hacer víctimas sin cuento la fiebre amarilla; ella se consagró con entera abnegación al cuidado de las enfermas, y fué víctima del contagio. Dios había admitido el sacrificio que ella le había hecho de su vida, cuando el año antes (agosto de 1842) en Lyon, con aprobación del padre confesor y de la Madre Barat, la hubo en efecto ofrecido por que el Señor volviese la paz á su congregación. Murió la Madre Galitzín dando muestras de gran fortaleza de ánimo, y adorando la voluntad de Dios (1843). La Madre Barat expresaba su dolor diciendo: “Era mi mano derecha; ¡con qué pena la echo de menos!”

En lugar de la Madre Galitzín fué nombrada, en razón de ser superiora provincial, la Madre María Cutts, de nación inglesa y convertida á la fe católica. Esta

estos indios que se permitiese ir con ellos á las hermanas, que al fin aceptó dicha Madre, y las hermanas se quedaron entre los indios.